

Bajo el sino de la violencia

Lydia Cacho

El psiquiatra Marcos Rojas, especialista en salud pública en Nueva York, dijo durante una conferencia sobre violencia que el carácter es nuestro destino: lo mostramos cotidianamente en nuestra forma de sentir y de actuar, en nuestras aversiones y antipatías, pero sobre todo a través de las pasiones.

En días pasados estuvimos en un programa de televisión hablando sobre violencia intrafamiliar... violencia intrafamiliar, me parece ya un término que se escucha demasiado, y ha perdido el impacto de las primeras veces que se utilizó.

Cualquiera la usa, sin entender el peso de las palabras, sin sentir que detrás de cada una de estas veintidós letras se esconde una historia de dolor que empequeñece el espíritu de hombres, mujeres y criaturas. Me parece que al hablar tanto de violencia, al diseccionarla, manipularla y utilizarla políticamente, hemos perdido la verdadera y profunda noción de lo

que ella está haciendo con nuestra familia y nuestra sociedad.

Muchos aspectos específicos de la sociedad y la política han contribuido a la violencia individual y colectiva. La humanidad ha evolucionado de diversas formas incluyendo nuestra manera de percibir la violencia.

Ahora somos tan evolucionados que no nos dejamos llevar por nuestros instintos animales, racionalizamos para luego responder a nuestras pasiones, que son más impetuosas y vehementes que los propios instintos, porque responden a intereses ulteriores; hombres y mujeres matan por venganza, los hombres violan por dominio, para imponer su supremacía sobre las víctimas.

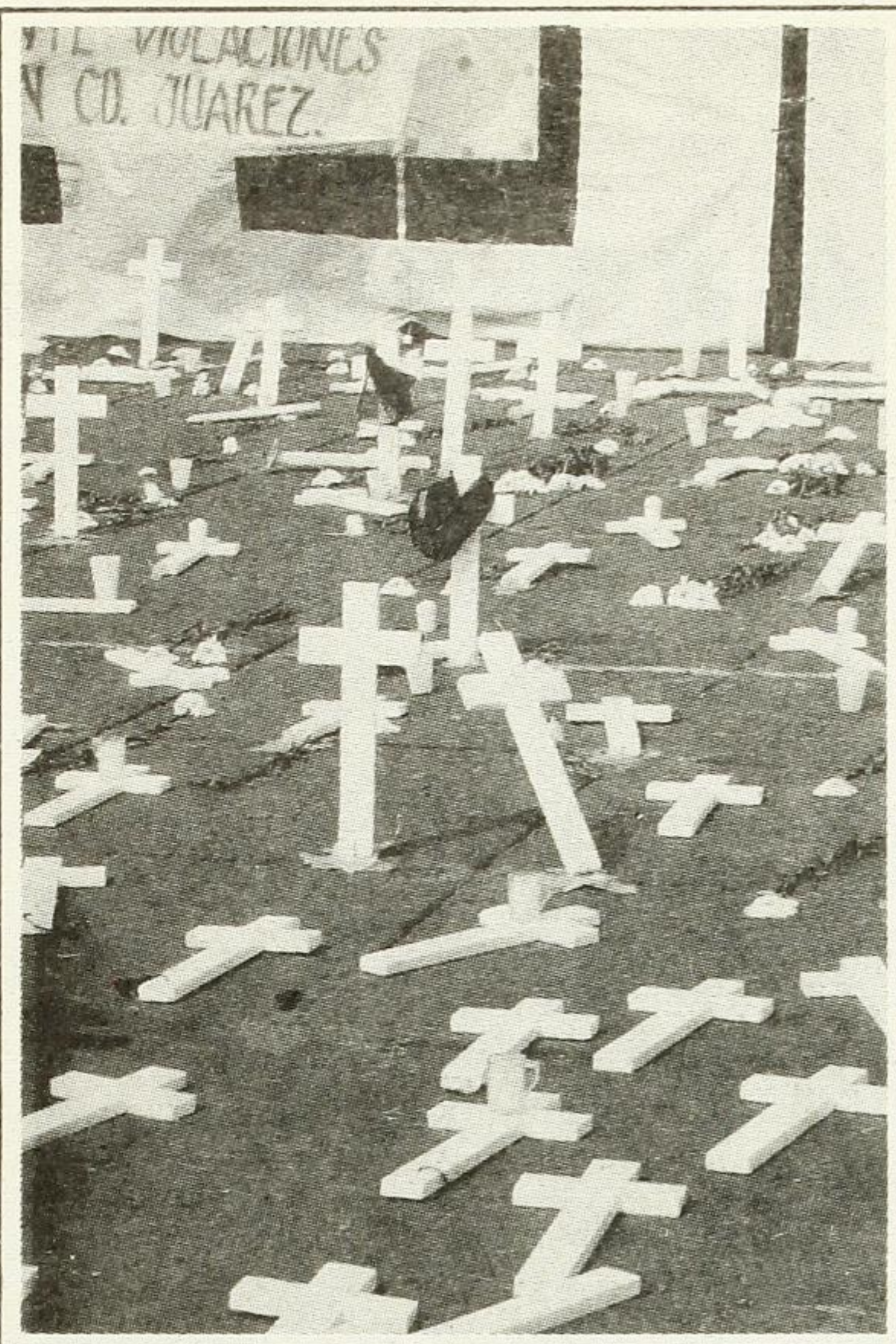
Las pasiones, según dicen los especialistas en salud mental, dan significado a la vida. Sabemos que es cierto que cuando amamos profundamente a alguien nuestra vida parece haber tomado un nuevo rumbo, que sin la pasión humana el arte no existiría; pero también nos hemos acostumbrado, gracias al cine y a la

televisión, a atestiguar los actos más extremos de violencia entre seres humanos, sentados en una butaca comiendo palomitas como si tal cosa.

El doctor Gabin de Becker, autor del libro *El regalo del miedo* (*The Gift of Fear*) de la editorial Dell Trade, dice que hemos desarro-



Rotmi Enciso



llado una insensibilidad a la violencia, que ha afectado nuestra capacidad para defendernos, para percibirla como un acto atroz que no debemos permitir bajo ninguna circunstancia.

Basta encender el televisor para descubrir a los jóvenes de organismos internacionales desenterrando cadáveres de hombres, mujeres, niños y niñas de las afueras de los campos de concentración en la antigua Yugoslavia. Estamos viviendo el fin de un siglo sangriento, deshumanizado y obsesionado por la supremacía del poder en sus diversas acepciones.

Nuestra patria experimenta la violencia como consecuencia de las pasiones desmedidas, el empobrecimiento de las masas y la impunidad con que reducidos grupos de poder se enriquecen a costa del pueblo.

Vivimos en un eterno conflicto entre supuestos valores éticos que han dejado a la población sin guías claras de la acción social correcta, porque si quien nos gobierna nos utiliza, nos tortura, nos roba y luego nos cobra la deuda de su propio asalto bancario, las reglas sociales conocidas de ética, moral y justicia ya no son aplicables.

Sumadas a las consecuencias de la política actual, tenemos la herencia de nuestro pasado: la celebración de la violencia por las causas justas de nuestros progenitores revolucionarios.

Entonces si la violencia -exceptuando por supuesto la defensa propia- es resultado de

nuestra irresponsabilidad para controlar las pasiones que nos mueven a imponer nuestra supremacía ante otros y otras por la fuerza; si lo ha permeado todo, desde lo político, a lo social hasta el mismísimo núcleo familiar, en donde se perpetra sin ser verdaderamente juzgada, nos hace falta sentarnos a recuperar los valores humanísticos que proponen nuevas formas sociales de comportamiento.

Desde lo político -presuponiendo que a nuestras y nuestros gobernantes les interese luchar contra la violencia- existen dos opciones específicas; se pueden fortalecer los sistemas legislativos y de impartición de justicia que ejercen un control social de castigo, e impulsar los esfuerzos necesarios contra la corrupción para aliviar las condiciones de pobreza, desigualdad y discriminación.

Si la violencia fue parcialmente controlada por convicciones -y coerciones- cívicas, morales y religiosas en el pasado, hoy en día hemos descubierto que una de las formas más realistas de acabar con la violencia en todos sus aspectos, es reconocerla como tal.

Pongamos por ejemplo la negación de la violencia hacia las mujeres desde lo político, debemos confrontar la realidad y admitir que existe una constante discriminación hacia la mujer y que se le intenta controlar y callar por medio de la violencia.

Debemos de manera urgente sentarnos a la mesa, hombres y mujeres, a plantear nuevos métodos de educación y comportamiento social, a generar una nueva visión de la familia y de quienes queremos que nos gobiernen. No podemos seguir viviendo en la opresión silenciosa, que conlleva a la desesperación y finalmente a la violencia.

La inteligencia, el diálogo y la resistencia pacífica son nuestras armas. Martin Luther King, dijo que la violencia como método para alcanzar la justicia no resulta práctica y es inmoral, porque supone una caída en espiral que conduce a la destrucción total.

La vieja ley de ojo por ojo termina dejándonos ciegos y ciegas a todas. Es inmoral porque persigue humillar al adversario en lugar de ganar su comprensión, busca aniquilar en lugar de convertir, prospera con el odio y no con el amor, resulta un monólogo en lugar de un diálogo.

La violencia desde la familia acaba por derrotar el espíritu humano, desde lo individual hasta lo social, nos va dejando sin alternativas para vivir en armonía. 